

Alchazidu, Athena

Apéndices

In: Alchazidu, Athena. *Tremendismo: el sabor amargo de la vida : tras las huellas de la estética tremendista en la narrativa española del siglo XX*. Primera edición Brno: Filozofická fakulta, Masarykova univerzita, 2016, pp. 197-209

ISBN 978-80-210-8345-5

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/135992>

Access Date: 17. 02. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

IV. APÉNDICES

4.1. Textos adicionales. La posguerra reflejada en los documentos de la época.

4.1.1. Restricciones del franquismo

4.1.1.1. Medidas para proteger la moral en espacios públicos. Defensa de la moral en los salones de baile.

A continuación se ofrece la transcripción del texto de una de las circulares publicadas en 1944 en el Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Toledo. Se trata de un ejemplo ilustrativo del discurso oficial cuya finalidad explícitamente declarada era prestar una mayor atención a las cuestiones éticas y morales.

CIRCULAR DEL EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL DE LA PROVINCIA DE TOLEDO SOBRE LA PROHIBICIÓN DE LA ENTRADA EN LOS SALONES DE BAILE A TODOS LOS MENORES DE DIECIOCHO AÑOS

Por mi circular de 13 de mayo de 1942 se recordaba a todos los Sres. Alcaldes de la provincia la obligación que tienen de prohibir la entrada en los salones de baile a todos los menores de dieciocho años de ambos sexos.

Como llegan hasta mi Autoridad denuncias fundamentadas de que en algunas localidades esta orden no se ha cumplido con la necesaria energía, la reitero por la presente Circular (BEAT, 1944: 64-65).

4.1.1.2. Manifestaciones del control realizado por el aparato censor. Transcripción del informe sobre *La fiel infantería* de Rafael García Serrano.

Decreto sobre la novela *La fiel infantería*.

Es deber gravísimo de los Obispos el vigilar los libros que se publican, condenando aquellos que, por sus doctrinas o por la licencia de su lenguaje y narraciones inmorales, pongan en peligro la fe o las buenas costumbres de los lectores; y el Convenio de 7 de junio de 1941 entre la Santa Sede y el Gobierno español se compromete a observar las disposiciones contenidas en los primeros artículos del Concordato de 1851, el tercero de los cuales establece que el Gobierno dispensará apoyo a los Obispos cuando hubiere de impedirse la publicación, introducción o circulación de libros malos y nocivos.

Examinada serena y objetivamente la novela *La fiel infantería*, de D. Rafael García Serrano, resulta:

1° Que se proponen como necesarios e inevitables los pecados de lujuria en la juventud (págs. 195 y 302).

2° En la novela se describen varias veces cruda e indecorosamente escenas de cabaret y de prostíbulo (págs. 65-66 y 134-135).

3° Está salpicada toda la novela de expresiones indecorosas y obscenas (págs. 76, 86, 96, 155, 263, 276, etc.).

4° Aun cuando varios de los personajes de la novela manifiestan sentimientos religiosos, aparecen éstos como algo rutinario; y al lado de ello se destacan muchas expresiones de sabor escéptico volteriano y de regusto anticlerical, aun en labios de soldados nacionales (págs. 97, 113, 118, 207, 218, 275, 295, etc.).

Por todo ello, la lectura de esta novela resulta muy nociva para la juventud, debilitando su fe, su piedad y la moralidad de costumbres; por lo cual, así lo declaramos y denunciarnos oficialmente, cumpliendo nuestros deberes pastorales.

Se nos ha comunicado antes de la publicación de este Decreto, y lo recogemos con satisfacción, que la Vicesecretaría de Educación Popular había ordenado la recogida de los ejemplares que aún quedasen de la edición y prohibido publicar nuevas ediciones en tanto no sea la novela satisfactoriamente corregida.

Toledo, 15 de Enero de 1944.

Enrique, Arzobispo de Toledo

(BEAT, 1944: 4)

4.1.2. El tremendismo reseñado

4.1.2.1. Transcripción del artículo de Federico Sopeña

Basta, por Dios

Conozco a casi todos, de varios soy amigo, algunos son de mi tiempo y juntos nos hemos hecho partiendo del día siguiente de nuestra guerra, de los días, de los meses de más rotunda y cabal alegría española. No los cito porque no quiero jugar fácil papel de dómine; pero para ellos escribo este artículo, y lo escribo como de rodillas, porque les quiero mucho, porque tenemos mucho de común, porque, en fin, si Dios quiso hacerme cura fue por ellos y para rezar por ellos y hablar con esa ternura y ese rigor a la vez de quien tiene una paternidad delegada y no merecida. Pues bien: basta, por Dios, basta de novelas con monstruos, prostitutas, perversos y náuseas. Basta porque uno solo quizá fuera paréntesis de gracia; pero tantos, casi todos, es un pecado y una injuria. Ya no puedo más; me duele, como escritor español que nunca renunciará a ser hijo de la verdad y de la alegría, ese resumir nuestra generación con nombres sucesivos de las novelas del asco y de la amargura y me aterra que el día de mañana se haga caso a la frívola, torcida idea de muchos capitostes y se nos hable de “la España alucinante y alucinada de la posguerra” resumiendo la triste, inútil genialidad de estas novelas de trapos sucios. Que no se nos hable, Señor, de que ahí está la auténtica tradición española, porque eso es discutible y sería sólo un costado, y si fuese necesario e hiciese daño habría que renunciar a ella. Hay momentos en que se impone la elección y no habría que elegir si esas cosas fuesen sólo historia; pero como es carne viva, como es elegir entre una España desesperanzada, calenturienta, miserable, capaz de morir, pero no de vivir bien, normalmente, todos los días, como Dios quiere, que es lo difícil, y una España sensible, actual, abierta, con una fe que sirva para ser mejores cada día, con una fe trabada en la esperanza, en la generosidad, en el orden, en la hermosura, la duda no cabe. Aunque ellos vean también esa España, su pluma, sin querer, se les va hacia la otra. Yo que soy escritor bastante viajero, mal turista, pero muy atento y preocupado oidor, me irritaba en París con nuestros queridos enemigos los hispanistas al ver cómo en sus proyectos de tesis doctorales el tema de la picaresca era predominante; tomaban a San Juan de la Cruz como “universal”, y como “nuestro”, lo otro; alguno ponía ojos de delirio soñando con un viaje recto París-Las Hurdes. Que no les demos la razón jamás.

Bien sé cuántas cosas se me pueden responder; aunque tengan su fundamento, yo sigo teniendo razón, una razón sólo mía, pero que vale. Es la razón de la paternidad, la del cura del confesonario para jóvenes, para universitarios especialmente. Qué más quisiera yo que poder darles, junto a los libros de devoción, novelas de buen amor hechas por escritores nuestros; no hay sufrimiento más agu-

do para un sacerdote, también escritor, que imaginar junto al pecado el nombre de sus amigos, y no hay alegría mayor, como la de poner el ejemplo vivo de un escritor que participa de nuestra paternidad en su afán de meterse en el corazón de las gentes jóvenes –las que siempre se sueñan como destinatarios– y saber que ese libro sirve para el amor y para la esperanza.

Sin esos escritores, sin esos libros, sin ese ejemplo, nuestra labor es mucho más difícil y, sobre todo, muy triste la conversación en la que se nos pide la ayuda para seguir ilusionados con los hombres que están en el mundo de las letras como herederos forzosos de los que murieron para que nosotros hablemos ahora en el confesonario, en el púlpito, pidiendo a nuestros hijos del alma que continúen la hermosura y la disciplina del sacrificio. Les queremos buenos, castos, normales, alegres, deportivos, enamorados, sensibles, y ahora, si falta hace, coléricos, santamente airados, para que no les crean hermanos menores de los tuertos de alma, de los sucios de corazón. Por esos hijos, en el nombre de la parte de su alma con más memoria de Dios, en el nombre de muchos sacerdotes que no quieren estar solos, que necesitan amigos de su paternidad, basta, basta.
(Sopeña, 1951: 13)

4.1.2.2. Transcripción del artículo de José María García Escudero

“¡Basta, por Dios!” – ¡Qué consuelo comprobar inesperadamente una mañana que uno tenía razón, que lo que uno ha dicho día tras día, entre protestas e incomprensiones de muchos, contra esas “novelas de trapos sucios”, “novelas con monstruos, prostitutas, pervertidos y náuseas”, “novelas del asco y de la amargura”, lo repite quien tiene más autoridad para condenar todo eso, y lo repito con una fuerza y una emoción que yo sentía, pero que acaso no pude infundir a mi torpe expresión; leer que “eso”, cuando se encuentra en un escritor aislado, sino en “tantos, casi todos”, es “un pecado y una injuria”; descubrir que otros sienten también el dolor y la vergüenza de esa falsa “España alucinante y alucinada de la postguerra”, que tantos se obstinan en pintar, y que otros también comprenden la necesidad de elegir “entre una España desesperanzada, calenturienta, miserable, capaz de morir pero no de vivir bien como Dios quiere, que es lo difícil, y una España sensible, actual, abierta, con una fe que sirva para ser mejores cada día, con una fe trabada en la esperanza, en la generosidad, en el orden, en la hermosura”! Yo he querido asimismo jóvenes españoles “buenos, castos, normales, alegres, deportivos, enamorados, sensibles” y “santamente airados para que no les crean hermanos menores tuertos de alma, de los sucios de corazón”, y yo que me he irritado tantas veces desde estas mismas páginas contra quienes quieren robarme esas esperanzas, en nombre de un arte que acaso no lo sea y que, aunque lo fuera, nunca podría enlodar valores más altos; yo que tantas veces habré pasado por timorato y estrecho de espíritu, precisamente por aspirar a ser todo lo contrario,

agradezco ahora desde mi corazón unas palabras que, mucho mejor que yo lo hubiera podido decir nunca, repiten y aclaran lo que, bien o mal, intenté siempre decir.

Uno se siente más seguro de sí mismo después de poner sobre su pecho el artículo en que un joven sacerdote y universitario, Federico Sopeña, se dirige también a tantos hermanos nuestros, con quienes tanto tenemos de común, y viéndoles extraviados, le escribe “como de rodillas”, para decirles sólo: ¡Basta, basta, por Dios!”

(García Escudero, 1951a: 13)

4.2. Material gráfico



1. «Alegoría de Franco y la Cruzada» (1948-1949), Archivo General Militar de Ávila

La gran importancia atribuida por el franquismo al imaginario medievalista relacionado con la representación de la Guerra Civil se refleja muy bien en la obra alegórica del pintor boliviano Arturo Reque Meruvia, alias «Kemer», que fue originalmente destinada al Valle de los Caídos. La contienda española está concebida como una Cruzada moderna liderada por el Caudillo, pues no en vano entre los títulos con los que se suele remitir a dicha creación pictórica monumental destacan, sobre todo, dos: «Cruzados del siglo XX» y «Exaltación de Franco». Como podemos observar la figura central del Generalísimo cuenta con el amplio apoyo del pueblo, si bien entre los que le rodean en este caso prevalecen hombres del mundo militar. En este sentido hay que destacar la escasa presencia femenina en esta manifestación artística, puesto que se aprecian únicamente dos figuras de mujeres; igualmente significativo parece que una sea religiosa y la otra, enfermera. El papel mesiánico de Franco se subraya mediante la imagen del Apóstol Santiago cabalgando en el cielo. Es preciso recalcar que se aprovechó el mismo tipo de simbología profusamente explotado en la literatura de la posguerra; como hemos apuntado más arriba, entre las múltiples muestras destaca la del Breviario de Mio Cid (1942), obra de Darío Fernández-Flórez, que fue a menudo utilizada por la propaganda oficial.

Fuente: Archivo fotográfico de Profimedia



2. Monumento a Camilo José Cela, Universidad Complutense, Madrid

En la placa que forma parte de la obra escultórica de Víctor Ochoa –inaugurada en 1993–, se puede leer esta frase firmada por el Nobel español: «Para el éxito, sobra el talento. Para la felicidad, ni basta.» Los visitantes checos y eslovacos encontrarán seguramente interesante el hecho de que en el mismo recinto se encuentra una escultura de Santiago de Santiago, erigida en honor del político checoslovaco Alexandr Dubček.

Foto: Elena Greco





3. Gran Café de Gijón, Madrid, 2015

En *La colmena* de Camilo José Cela el café de doña Rosa constituye uno de los escenarios más significativos, puesto que recrea la atmósfera y el ambiente singular de este tipo de establecimientos cuya importancia para el desarrollo de la vida intelectual en la primera mitad del siglo XX fue clave. A este respecto conviene también remitir a las páginas oficiales del célebre «Café Gijón», donde se puede leer: «Los Cafés literarios, como el Gran Café de Gijón, constituyen algo más que un café tradicional. Son instituciones culturales, símbolos de la ciudad que les alberga, son repúblicas de sueños para los artistas, los creadores, para los intelectuales» (Bárcena: en línea).

Fuente: Archivo de la autora



4. Camilo José Cela

La fotografía del escritor gallego data del año 1953, es decir, fue tomada dos años después de la publicación de *La colmena*, una de las obras más representativas del tremendismo posbélico.

Fuente: Archivo fotográfico de la Fundación Pública Gallega Camilo José Cela

5. Carmen Laforet

La autora de *Nada* es, sin duda, una de las literatas más interesantes de su generación, en cuya obra, además, la impronta del tremendismo se percibe con una fuerza particular. Con *Andrea*, protagonista de su ópera prima, la escritora logró crear un arquetipo literario, el de la «chica rara», una joven de espíritu rebelde e inconformista, que se oponía a las asfixiantes convenciones de la sociedad de la posguerra. En 1947 la novela fue llevada al cine por Edgar Neville, quien escogió a la actriz Conchita Montes para interpretar el papel de la protagonista; no obstante, para muchos la cara de *Andrea* siguió relacionada con la imagen de la propia autora.

Fuente: Archivo de Herederos de Carmen Laforet



BASTA, POR DIOS

CONOZCO a casi todos, de varios soy amigo, algunos son de mi tiempo y juntos nos hemos hecho partiendo del día siguiente de nuestra guerra, de los días, de los meses de más rúndia y cabal alegría española. No los cito porque no quiero jugar fácil papel de domine; pero para ellos escribo este artículo, y lo escribo como de rodillas, porque les quiero mucho, porque tenemos mucho de común, porque, en fin, si Dios quiso hacerme cura fué por ellos y para rezar por ellos y hablar con esa ternura y ese rigor a la vez de quien tiene una paternidad delegada y no merecida. Pues bien: basta, por Dios, basta de novelas con monstruos, prostitutas, perversos y náuseas. Basta porque uno solo quizá fuera paréntesis de gracia; pero tantos, casi todos, es un pecado y una injuria. Ya no puedo más; me duele, como escritor español que nunca renunciará a ser hijo de la verdad y de la alegría, ese resúmir nuestra generación con nombres suciosos de las novelas del asco y de la amargura y me aterra que el día de mañana se haga caso a la frívola, torcida idea de muchos caposteses y se nos hable de "la España alucinante y alucinada de la postguerra" resumiendo la triste, inútil genialidad de estas novelas de trapos sucios. Que no se nos hable, Señor, de que ahí está la auténtica tradición española, porque eso es discutible y sería sólo un costado, y si fuese necesario e hiciese daño habría que renunciar a ella. Hay momentos en que se impone la elección y no habría que elegir si esas cosas fuesen solo historia; pero como es carne viva, como es elegir entre una España desesperanzada, calenturienta, miserable, capaz de morir, pero no de vivir bien, normalmente, todos los días, como Dios quiere, que es lo difícil, y una España sensible, actual, abierta, con una fe que sirva para ser mejores cada día, con una fe trabada en la esperanza, en la generosidad, en el orden, en la hermosura, la duda no cabe. Aunque ellos vean también esa España, su pluma, sin querer, se les va hacia la otra. Yo que soy escritor bastante viajero, mal turista, pero muy atento y preocupado oidor, me irritaba en París con nuestros

queridos enemigos los hispanistas al ver cómo en sus proyectos de tesis doctorales el tema de la picaresca era predominante; tomaban a San Juan de la Cruz como "universal", y como "nuestro", lo otro; alguno ponía ojos de delirio soñando con un viaje recto París-Las Hurdes. Que no les demos la razón jamás.

Bien sé cuántas cosas se me pueden responder; aunque tengan su fundamento, yo sigo teniendo razón, una razón sólo mía, pero que vale. Es la razón de la paternidad, la del cura de confesonario para jóvenes, para universitarios especialmente. Qué más quisiera yo que poder darles, junto a los libros de devoción, novelas de buen amor hechas por escritores nuestros; no hay sufrimiento más agudo para un sacerdote, también escritor, que imaginar junto al pecado el nombre de sus amigos, y no hay alegría mayor como la de poner el ejemplo vivo de un escritor que participa de nuestra paternidad en su afán de meterse en el corazón de las gentes jóvenes—las que siempre se sueñan como destinatarios—y saber que ese libro sirve para el amor y para la esperanza.

Sin esos escritores, sin esos libros, sin ese ejemplo, nuestra labor es mucho más difícil y, sobre todo, muy triste la conversación en la que se nos pide la ayuda para seguir ilusionados con los hombres que están en el mundo de las letras como herederos forzados de los que murieron para que nosotros hablemos ahora en el confesonario, en el púlpito, pidiendo a nuestros hijos del alma que continúen la hermosura y la disciplina del sacrificio. Les queremos buenos, castos, normales, alegres, deportivos, enamorados, sensibles, y ahora, si falta hace, coléricos, santamente airados, para que no les crean hermanos menores de los tuerfos de alma, de los sucios de corazón. Por esos hijos, en el nombre de la parte de su alma con más memoria de Dios, en el nombre de muchos sacerdotes que no quieren estar solos, que necesitan amigos de su paternidad, basta, basta.

Federico SOPEÑA

6. Artículo de Federico Sopena

En 1951 Federico Sopena decidió publicar en *Arriba* sus argumentos en contra de la nueva estética tremendista que se había apoderado de la escena literaria. Su reseña titulada «Basta, por Dios» (Sopena, 1951: 13) recoge las más graves objeciones de la crítica conservadora tradicionalista, con las que se expresaba el disgusto causado por la elevada cantidad de novelas protagonizadas por personajes considerados monstruosos y perversos.

Fuente: Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Española

ARRIBA. — Martes 14 de agosto de 1951

“¡BASTA, POR DIOS!”—; Qué consue-
lo comprobar inesperadamente una
mañana que uno tenía razón, que lo que
uno ha dicho día tras día, entre protestas
e incomprensiones de muchos, contra esas
“novelas de trapos sucios”, “novelas con
monstruos, prostitutas, pervertidos y náuseas”,
“novelas del asco y de la amargura”,
lo repite quien tiene más autoridad
para condenar todo eso, y lo repite con
una fuerza y una emoción que yo sentía,
pero que acaso no pude infundir a mi tor-
pe expresión; leer que “eso”, cuando se
encuentra no en un escritor aislado, sino
en “tantos, casi todos”, es “un pecado y
una injuria”; descubrir que otros sienten
también el dolor y la vergüenza de esa falsa
“España alucinante y alucinada de la post-
guerra”, que tantos se obstinan en pintar,
y que otros también comprenden la nece-
sidad de elegir “entre una España deses-
peranzada, calenturienta, miserable, capaz
de morir, pero no de vivir bien, como Dios
quiere, que es lo difícil, y una España sen-
sible, actual, abierta, con una fe que sir-
va para ser mejores cada día, con una fe
trabada en la esperanza, en la generosi-
dad, en el orden, en la hermosura”! Yo
he querido asimismo jóvenes españoles
“buenos, castos, normales, alegres, depor-
tivos, enamorados, sensibles” y “coléricos,
santamente airados, para que no les crean
hermanos menores de los tuerfos de alma,
de los sucios de corazón”, y yo, que me
he irritado tantas veces desde estas mis-
mas páginas contra quienes quie-
en robar-
me esas esperanzas, en nombre de un arte
que acaso no lo sea y que, aunque lo fue-
ra, nunca podría servir para enlazar va-
lores más altos; yo, que tantas veces ha-
bré pasado por timorato y estrecho de es-
píritu, precisamente por aspirar a ser todo
lo contrario, agradezco ahora desde mi co-
razón unas palabras que, mucho mejor
que yo lo hubiera podido decir nunca, re-
piten y aclaran lo que, bien o mal, inten-
té siempre decir.

Uno se siente más seguro de sí mismo
después de poner sobre su pecho el artícu-
lo en que un joven sacerdote y universita-
rio, Federico Sopena, se dirige también a
tantos hermanos nuestros, con quienes
tanto tenemos de común, y, viéndoles ex-
traviados y extraviando, les escribe “como
de rodillas”, para decirles sólo: ¡Basta,
basta, por Dios!

José María GARCÍA ESCUDERO

7. Artículo de José María García Escudero

Poco después de publicarse la amarga queja de Federico Sopena, otro crítico se suma con su voz de protesta para manifestar su desacuerdo con la narrativa tremendista. José María García Escudero utilizó el título de Sopena modificándolo ligeramente, puesto que para aumentar su dimensión apelativa, acudió al uso de los signos exclamativos: «¡Basta, por Dios!» (García Escudero, 1951a: 13).

Fuente: Hemeroteca de la BNE



8. La retórica franquista en el periódico Arriba, 1955

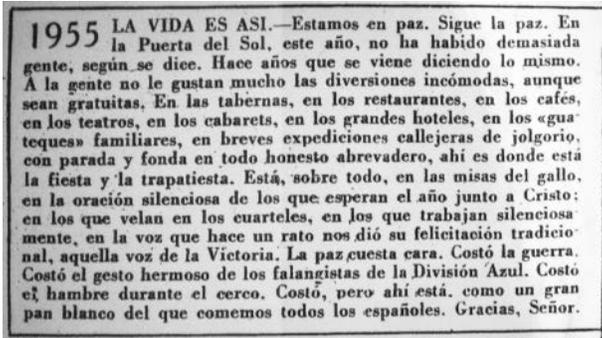
Para la propaganda del régimen franquista la prensa oficial constituyó uno de los instrumentos más importantes y eficaces. En uno de los primeros números del periódico *Arriba* publicados en el año 1955 apareció un repaso por la historia moderna del país, titulado «Años nuevos de la vida vieja» (1955: 5). En la foto, que data de 1939, se ve a uno de los soldados de Franco con unos binoculares en sus manos examinando el horizonte, donde, según se declara en el comentario vislumbra «la paz de España» (*ibid.*).

Fuente: Hemeroteca de la BNE

9. La prensa franquista en 1955: Arriba (detalle)

La recién mencionada revisión de la historia ofrecida en el periódico oficial del régimen concluye con una nota de la actualidad de aquel entonces: «1955 LA VIDA ES ASÍ. —Estamos en paz. Sigue la paz. En la Puerta del Sol, este año, no ha habido demasiada gente, según se dice. Hace años que se viene diciendo lo mismo. A la gente no le gustan mucho las diversiones incómodas, aunque sean gratuitas.» (*ibid.*).

Fuente: Hemeroteca de la BNE





10. Puerta de Sol, Madrid, 2015

La vida ya no es así. En la época navideña la Puerta de Sol se convierte en uno de los puntos más visitados de la capital española que cuenta con una gran concentración de multitudes. Desde hace décadas, los madrileños igual que los numerosos turistas, disfrutan de todo tipo de diversiones gratuitas no solo en esta plaza madrileña, sino también en los demás espacios públicos.

Fuente: Archivo de la autora



11. Plaza de Cibeles, Madrid, 2015

En plena crisis migratoria, que se apoderó de toda Europa, en la fachada del elegante Palacio de Comunicaciones apareció una pancarta que decía: «Refugees welcome». Así, pues, las autoridades municipales dejaron clara su postura respecto a la problemática de los refugiados. Difícilmente encontraremos mejor ejemplo para ilustrar el contraste entre la política de aislamiento posbélico y el aperturismo de la 2ª década del siglo XXI.

Fuente: Archivo de la autora

